

Los Libros

POESÍA Y FILOSOFÍA

En el número 276 de *Atenea*, alguien ha escrito un comentario sobre mi libro *Filosofía del Quijote*. (1) Si se dejan de mano algunas expresiones como son las de considerar a este Ensayo «interesante», promotor de «una tensión espiritual innegable» y decidir que «literariamente es ésta una obra de calidad y Mario Osses tiene un claro lugar entre los redentores de este mal traído género», la glosa es una impugnación que no debo dejar pasar en blanco.

Como *Filosofía del Quijote* es una Conferencia dada a nombre de la Dirección General de Educación Secundaria y de la Universidad de Chile, y como se la ha honrado con el Premio Municipal de Ensayo de 1947 (luego de haber merecido el elogio de una decena de críticos y existir tres mil ejemplares circulando en el ámbito culto de mi país), voy a contestar las objeciones en homenaje a esas circunstancias respetabilísimas. Y aprovecho la coyuntura para acrecer algunos conceptos, en especial los que el título de estas líneas someras prometen: Poesía y Filosofía.

Sostiene mi atacante que «filósofo es el creador de una visión integral del Universo» y que—siendo así—tan filósofos son Fray Luis, Calderón, Cervantes como los autores de un texto divulgador de platonismo o del catecismo cristiano». Y añade: «Arte y Filosofía son dos sectores culturales diferenciados, esencialmente diferentes. El uno responde al valor estético y es su

(1) Se refiere a la glosa publicada al respecto por el señor Félix Martínez Bonati.—N. de la R.

fin la belleza. El segundo quiere la verdad y es su valor el teórico». Se da en seguida a comentar algunos pensamientos mediante la agencia del más acrisolado sentido común, como excelente persona, para terminar reprochándome el empleo de algunos galicismos y el que presente a Sócrates, Cristo, Don Quijote, Fray Luis, Calderón, sin tiempo y sin sociedad. Ni es esto todo: yo sería culpable del delito de galanura poética o estilística, cuando Chile «necesita un sentido más urgente, didáctico e inmediato». Tampoco se deduciría nada de Filosofía del Quijote, a pesar de que a mi ceñudo Aristarco le lleva cuatro páginas sólo el intento de negación. Cabe recordar que profesa el «utilitarismo lingüístico» y que ofrece emprenderlas contra Ortega y Gasset, que no está de acuerdo con sus sabrosos puntos de vista.

No atribuyo a mala fe los errores tan evidentes de mi crítico, sino a su tierna formación: la que procuran algunos libritos de texto al uso y la que le proporcionan en la Universidad ciertos profesores improvisados que en ocasiones no han hecho ni sus humanidades en forma satisfactoria.

Se comprueba sin mayor esfuerzo que confunde el Ensayo con la Monografía, las «lecciones de cosas», los textos o las estadísticas; al filósofo con el expositor franciscano; y que se paga—en fin—del error tan añejo y tan pedagógico de asignar a la Filosofía la búsqueda de uno de los valores, la Verdad. No se da cuenta de que he utilizado respecto a los hombres egregios un recurso literario elementalísimo: el presente histórico que—junto con dar a la prosa la soltura y el dinamismo que él propio admite—iluminan al lector acerca de la función trascendente que desempeñan, pues son de eterna o intemporal actualidad. Ni se les desvincula entonces de la historia, sino se hace girar en su torno a la historia misma.

Cuanto al empleo de algún galicismo, no empece a la calidad de una prosa que se eleva para planear sobre el limbo de la creación. Los ensayistas dejamos el cuidado y la «defensa»

menudos del lenguaje a los que sufren de incapacidad creadora como ciertos académicos que no tienen la culpa de serlo, o los que remataron en gramáticos. Es cierto que he dicho: «lengua es resumen de vida de un pueblo, lienzo de Verónica en que una raza imprime su rostro». Pues, precisamente por'ello debe abrirse a todos los influjos, mantener abiertas sus ventanas para su higiene y su renacimiento iterados ¡sólo el monjil purista defiende el criterio a todas luces evitando de encerrarla para su enervamiento y consunción!

Refiriéndose a la influencia platónica en España, que yo he subrayado en la Epoca de Oro, manifiesta mi comentarista que entonces el pensamiento de Fray Luis, Calderón o Cervantes no sería original. Grave error, puesto que los escritores se ven fecundados por gérmenes universos, padecen el molde necesario de la raza, del momento histórico y de su individualidad peculiarísima. Ciertamente que el pensamiento platónico los condiciona en esencia, pero ¿a quién no? Uno grande ha dicho que se piensa con Platón, contra Platón o en forma parecida a Platón. Si con ello se exagera, no se disparata.

Y me parece que hasta el exceso he promovido la originalidad, la complejidad y la vehemencia del pensamiento cervantino.

Expresa mi impugnador—entre otros juicios muy sospechosos—que las etimologías no son de fiar, pues padecen sustanciales evoluciones semánticas

¿Quién negara lo de la transformación? Pero medite un poco mi agresivo Zoilo: Cuando afirma que la lengua tiene para Ud. una finalidad «práctica» (en vez de decir «utilitaria», como lo piensa) comete Ud. una de las más insignes contradicciones. Porque, en efecto, «práctico» significa «lo que favorece la acción», y en ese trance está Ud. de acuerdo conmigo creyendo no estarlo. Cualquiera persona culta le va a enseñar a Ud. que la Filosofía (de alcurnia tan hondamente poética), es lo más práctico que existe, aunque su valor utilitario sea ínfimo.

Ud. ha querido decir «utilitario»—como se desprende de toda su elucubración y es difícil sostener una sentencia más disparatada. Si tuviera más respeto por la etimología no hubiese incurrido en tan gordo error. Idioma viene de un vocablo griego que significa «peculiaridad». Desde luego, un idioma es en rigor intraducible a otro. Los italianos dicen «traduttore traditore» esto es «traductor, traidor»: Shakespeare, Gide o Neruda traducidos pierden sustantividad.

Además, el análisis buído y profundo del lenguaje nos conduce a la conclusión bergsoniana irrefutable de que es un conjunto de metáforas. El lenguaje es una poesía—ya basta, ya sutil—y nada ilumina respecto a su valor como un primer viaje sabio para rastrear su estirpe concreta. Los artistas y los filósofos lo comprenden por el estudio o la intuición, o por una mezcla de ambos. Sólo los romos, los negligentes, los librescos pueden experimentar fobia hacia las delicadas y nutricias disciplinas de lenguas originales como el griego y el latín. Latinistas fueron los eximios creadores de la poesía francesa La Fontaine y Baudelaire, y helenista el primer genio de la alemana, Goethe. Un hombre se cifra históricamente recorriendo el alma de las épocas pretéritas, siempre aleantes en el perfil del lenguaje que debe saber acariciar.

Y en especial los críticos y los ensayistas son los que más de largo deben reparar en el meollo etimológico, que si no es suficiente, es más que a menudo necesario.

Ni debo omitir en estas líneas brevísimas la opinión que me merece el juicio de mi comentarista sobre el género del Ensayo. Lo estima «a mal traer» (aunque me exime de la condena). No tanto. Allí están Lastarria, Letelier, Solar Correa, Encina, Donoso, Subercaseaux y otros. Ciertamente Ensayo es género de aristocracia mental que supone el más alto desarrollo de una cultura. Ya verá cómo da frutos ópimos en Chile, país de profundidad, aunque otra cosa enseñen algunos despechados derrotistas imbéciles.

Desgloso—para refutarlo construyendo con menos premura—el aserto de que la obra de arte es una finalidad en sí y que no deben asignársele intenciones filosóficas. Según él, los valores constituirían predios en absoluto cerrados, de modo que la objetivación que atesora belleza no hace sino eso: aprisionarla en sus distintos grados cualitativos.

* * *

Cuenta André Gide que en cierta oportunidad celebró a Wilde la destreza en la forjación de parábolas, y que este escritor le dijo que no tenía que esforzarse, pues, lo mismo que el escultor piensa en mármol, pensaba él en parábolas.

No otra cosa ocurre con quien ha dado en el género que debe cultivar. Así Cervantes: en la Novela se expresa integralmente, con la mayor vehemencia de su espíritu de privilegio. Y lo propio puede decirse de todo aquel que alcanza maestría en alguna brecha de la cultura.

Pero ¿quiere esto decir que a través de la modulación asumida se exprese una instancia única de valor? De ninguna manera, y quién sabe si todo lo contrario. La obra más lograda es aquella en que el autor alcanza plenitud humana. Eso se ve en el Libro del Buen Amor, en La Celestina, y no podía dejar de ocurrir en el compendio de las obras que el Quijote es. Pues ocurre que el estilista aprecia en él aciertos formales, el poeta escándalos imaginativos, el esteta brasas de belleza quemante, el médico aciertos clínicos, el psicólogo certeza absoluta en el troquel caracterológico y tipológico, el político y el sociólogo un panorama grávido de idiosincrasia española, el filósofo—en fin—una totalidad: el problema del hombre y su comercio con lo trascendente. Pues nos ha dicho Kierkegaard que «el poeta es un telégrafo vivo entre los hombres y Dios».

Muchas veces lo que se nos ofrece con la denominación de filosofía no lo es. Recuerdo cómo en Humanidades y hasta en la

Universidad pujaba el profesor por querer delimitarnos el campo de las disciplinas filosóficas. Nos hacía paralelos con otras formas de la cultura: con la ciencia, la religión, el arte, la técnica, las costumbres. En una palabra, con toda suerte de instituciones. Siempre la función asignada a las disciplinas filosóficas era cumplida en mejor forma por una de las mencionadas objetivaciones: si se hablaba de métodos, esta labor nos parecía de atingencia científica; si de la belleza, artística; si del bien o de la divinidad, de la religión o las religiones; si de la utilidad, la técnica; y así del resto de los valores.

Tal vez por esto ha habido quien arriesgó que el filósofo es el menos filósofo de los hombres; que lo es más el hombre de ciencia; pero que se lleva la palma el hombre de la calle. Ha querido insistirse así en que la depuración analítica desvirtúa la complejidad y la angustia inherentes a los problemas metafísicos, como son los del amor, de la vida, de la muerte, de Dios. En que el afán inmoderado de mantener la pureza filosófica ha convertido a muchos en vestales del pensamiento castamente estériles.

Frente a esta invasión del dominio filosófico por las demás regiones culturales, se ha inventado en lo actual una zona de derecho eminente, que sería la en definitiva filosófica: la que se constituye por las valoraciones de las demás—esto es—la denominada Teoría de los Valores, Axiología o Estimativa.

No deja de haber un prurito más sutil aún: el que acomete un extraño sector—entre los que sobresale Gaos—que nos hablan de una «filosofía de la filosofía». Si dejamos de mano esta ingeniosidad, que entraña un «regressus ad infinitum», es oportuno recordar que la corriente valorizante, axiológica o estimativa, empieza a sentirse desde la publicación de las Críticas de Kant, que—como todo el mundo sabe—emprende una reestimación de la metafísica.

Al fin de cuentas: si hubiera que aceptar esta corriente, las disciplinas filosóficas, (Moral, Psicología, Lógica, Gnoseolo-

gía, Epistemología o Filosofía de las Ciencias) y algunas que se dan de barato, pasarían a ser disciplinas autónomas. Y a la pobre Filosofía la convertimos en una «ancilla culturae», una sirvienta de la cultura, como en la Edad Media lo fué del pensamiento teológico.

Porque lo bueno estriba ahora en que la propia Estimativa comienza a alzarse con su material, para formar tienda aparte. No nos admire. Quien haya hecho estudios siquiera sean someros verificará hasta qué punto el saber integrado, el saber total del hombre de occidente era el sustrato en que chupaba la raíz filosófica. Y por eso la vemos precisamente levantar el árbol copudo y fructífero de los sistemas de Aristóteles o Platón, no exentos siquiera de esoterismos más o menos orientalistas, como antes los tuviera en cantidad copiosa la doctrina del extraordinario Pitágoras.

¿Qué le quedará entonces a la filosofía con el celoso prurito de depurar sus cuadros? Me temo que llegue a ofrecernos un aspecto tan enteco como el de ciertos «partidos», que subdividiéndose hasta extremos inverosímiles llegan a constituirse en meros parches de la textura social, de suyo varia y compleja.

Pero veamos ahora la actitud opuesta, la que adopto precisamente en Filosofía del Quijote.

¿En qué estriba esta actitud? Taxativamente: toda obra humana atesora peso filosófico. A veces ostensible, otras ingrávido. En el Quijote, por ejemplo, es inmenso. Y no se vaya a creer que por estar novedado no existe, porque con ese juicio habría que negarle la calidad filosófica a los Diálogos de Platón, e incluirlos en el género teatral.

Ni fué Platón el primero que dió a su filosofía un sesgo esencialmente poético. Ya la teníamos en Hesíodo, en Parménides, y, sobre todo, en Heráclito. Se recordará que a este filósofo fundamental se le llamó el oscuro, precisamente porque su obra aforística es de cuño místico, misterioso, de fuerte sabor poético. Empiezan a evidenciarse con energía en su pensamiento

las influencias de los misterios órficos, y el famoso carácter eidético de los griegos, vale decir la objetivación concierta de lo abstracto. Llega a aciertos tan estupendos que aún en la actualidad usufructuamos de ellos, prefiriéndolos a cualesquiera otros durante veinticinco siglos. Si no, dígaseme: ¿Qué símil más extraordinario que aquél que nos concreta la esencia sutil de aparente inmovilidad de lo real, diciéndonos que es como la llama? ¿Hasta qué punto se ha explotado la imagen de que la vida es como el fuego, una ilusión de reposo y una realidad móvil? La ilusión ontológica de reposo recibe en Heráclito otras sugerencias poéticas: «No nos bañamos dos veces en un mismo río—nos recuerda—somos y no somos».

¿No nos dice la psicología actual que la conciencia es como la llama o como una linterna cuyas zonas de menor iluminación van dándonos una imagen del subconsciente? ¿O no nos compara asimismo la vida psíquica con el curso de un río? ¿Y existe un símil acaso más feliz que el sugerido por esta filosofía poética? Con efecto. El río realiza de alguna manera la paradoja de ser el mismo y no obstante distinto, como la vida de cada uno de nosotros. Sabemos que somos los de la infancia y sabemos también que no lo somos. El río rectifica su caudal y arrastra materiales heterogéneos más o menos impuros e imprevisibles, lo mismo que la vida psíquica, de acuerdo con las enseñanzas del supremo poeta filósofo contemporáneo: Henri Bergson. ¿Acaso hay algo más asimilable al trasfondo denso del subconsciente que los materiales arrastrados por el curso de un río? Si el río es turbulento, su caudal es sin duda impuro: lo propio ocurre en el dominio imponderable del alma. Si el río contiene elementos que abonan como el lúgamo tan decantado del Nilo, también el alma extrae del lecho de su inconsciente su fuerza a veces avasalladoramente feraz.

Cuando Heráclito dice que «este mundo no ha sido creado por ningún Dios, que ha sido, es y será siempre fuego que se enciende con medida y con medida se apaga», ¿no está formu-

lando el principio de la conservación de la energía poéticamente, bellamente, con un símil que se graba con caracteres dulces y profundos en la entraña de la sensibilidad? ¿O será necesario que este principio de orden filosófico—pues excede a nuestra experiencia—se moldee en descarnadas palabras científicas como en Lavoisier? Pero entonces vemos que tampoco es un filósofo el que lo troquela, sino un químico.

¿Y cuando Heráclito nos hable de la lucha de que todo se engendra, creando la armonía, empero, como «el arco con la lira», no hemos de ver en ello una formulación estética-filosófica de la lucha por la existencia de Hobbes y de Darwin? Sin duda. Y por ello el virtuoso de Efeso expresó que su «voz era como la de las sibilas, que atravesaba millares de años». Y tenía razón, pues hoy lo estamos interpretando: el primer estudio sistemáticamente ponderado y definitivo parece ser el de Mauricio Solovine.

Siendo Heráclito un filósofo poeta, lo mismo que Platón—como fueron filósofos científicos Pitágoras, Descartes, Kant y otros—y religiosos Pascal y Kierkegaard—, ha influido hasta extremos inconcebibles en el pensar contemporáneo: ahí están Nietzsche y Bergson: el primero se inspiró en la doctrina de la lucha y del eterno retorno, de Heráclito tomó la voluntad de poder que vemos más tarde en Adler como afán de predominio, tendencia fundamental humana generadora de la cultura, el segundo tomó el concepto de duración concreta, lo transfirió de la realidad total al dominio del espíritu.

¿Se dirá que esto no es filosofía, que es poesía? ¿Disparataremos de modo tan desenfrenado?

¿Diremos acaso que no es filosofía la que se contiene en el Fedro o Diálogo de la belleza del eximio, de Platón sublime. Porque en efecto, hay allí una poesía que no he encontrado en ningún otro estudio: las ideas adquieren corporeidad, son tangibles y amables, suscitan simpáticamente como el Dios de

Aristóteles, también una poesía, un bello absurdo: un primer motor inmóvil que atrae al mundo por simpatía necesaria.

No, De ninguna manera, no.

¿Negaremos volumen filosófico a la enseñanza gnómica de los precursores del alto pensamiento griego, por no constituir sistemas etiquetados y abstractos, sino más bien efusiones poéticas? ¿O vamos a negárselo al saber indio que anida en los sutras, al que se sustenta por los yogas, al del pensamiento vedanta, al de los partidarios del clima purva-mimansa o vaiseshika ¿Se lo disputaremos a la doctrina de Kanada o a la de Shankara, y todo ello so capa de que ostentan cariz asistemático y místico? No nos aprobarían ni Kant, ni Schopenhauer ni Nietzsche, ni Bergson, que han sabido sacar de los pechos orientales ubérrimos siempre, leche de pura energía filosófica.

¿Tampoco otorgaremos el dictado de filósofos a Confucio o Lao Tsé, so pretexto de que les acomodaría más el mote de pedagogos, consejeros o rectores de moral?

Pero acerquémonos a la cultura de Occidente ¿Qué diremos de Pascal o de Kierkegaard, eminentemente religiosos y poetas? ¿Qué de Nietzsche, y en especial de ese libro que es un monumento poético de la filosofía, contemporánea, «Así hablaba Zarathustra», una soberbia integración o vitaminación del especular, donde no se tratan esquemas sino sustancias, donde la vida fluye varia y tremenda, difuyente en creaciones de aliento profético?

Vámonos ahora a la entraña de la gran literatura para sugerir su peso filosófico, así como he suscitado con pluma rauda la filosofía literaria.

¿No tienen médula integrada de valor o filosófica acaso los cincuenta mil versos del Ramayana, poema épico-religioso de Valmiki, o los doscientos mil del Mahabharata de Vyasa o el drama Sakúntala de Kalidasa? ¿No se encuentran acaso en estos monumentos vivos de la cultura hindú, junto a otras concepciones filosóficas, la de la existencia humana como expiación

y tránsito triste (que Schopenhauer troquela en el silogismo aforístico: «Querer es sufrir, y como vivir es querer, la vida es—en esencia—dolor»), y la de la metempsícosis o transmigración de las almas adoptada por los pitagóricos?

¿No ha de verse en la epopeya de los griegos—la *Iliada* y la *Odisea*—un sistema de valores, una sabiduría de la conducta, una doctrina totalizadora—en fin—que nos aclara el criterio de ese pueblo, de cuya existencia predica Renan que es un milagro? ¿No se revelan estéticamente la raíz erótica que impulsa a la humanidad en el hechizo de Helena, la razón hábil y calculadora que promueve los recursos teóricos y técnicos-utilitarios en Ulises y el coraje o virtud antonomástica de recia esencia heroica en Aquiles? ¿No ha de verse en toda esa promoción optimista y aérea una filosofía caudalosa de la juventud que arrasa en Troya las murallas muelles y senectas de Oriente, estableciendo así el primer hito de la hegemonía occidental que dura hasta hoy? Por algo los griegos afianzaban la excelencia de su idiosincrasia abrevándose en el conocimiento íntimo de sus epopeyas, que llegaban a memorizar, comiéndose la carne filosófica, alimentando de pulpa poética la milagrosa flor de su espíritu durante siglos. Y todavía lo hacemos en algún grado sus herederos y usufructuarios occidentales, consciente o inconscientemente.

¿Habrá sido precoz vesanía la que acometió a Nietzsche al hacer una ponderación filosófica del teatro griego en *El Origen de la Tragedia*? Pues se le ha ocurrido que en esta transubjetivación literaria se remansan las concepciones trascendentales del pueblo de Sócrates. Y lo peor es que lo ha demostrado...

¿No está la filosofía del pueblo hebreo (elevada hoy nada menos que a la categoría de ecuménica con matices religiosos por Occidente) en el conjunto de producciones literarias denominado Biblia, bien así como la de los árabes radica en el Corán?

¿No hay una filosofía lírica evidente en los poetas chinos Li Tai Po, Tu-Fu, Wu-Ti, Po Chu-I, Tzu-hou, T'ao Ch'ien o

Yang-Ti, o en los griegos Anacreonte, Teócrito, Safo o en los latinos Horacio, Virgilio, Cátulo, Ovidio? Nada sería más fácil que desarrollarla y no otra cosa debe en esencia verificar el crítico responsable.

No hay tal vez filosofía en Boccacio, en Dante, en Don Juan Manuel, Rabelais, Shakespeare, Goethe, Dostoyewski? Pues haga el lector la experiencia de desenvolverla y no terminará tan presto.

En las obras de pulso estético más decidido, cuyos autores semejan profesar una vocación lírica pura ¿no alea o subyace siempre una filosofía poderosa, en que naturalmente se contienen una perspectiva del hombre, del Universo, de Dios? Ahí están Gauthier, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Verlaine, Valéry, con sus Artes Poéticas, que son Manifiestos de Filosofía. Tómese a la sazón un libro en apariencia remoto de todo filosofar, dedicado como se halla a los niños: Platero y Yo. Y a poco se verificará la agencia del ideal de vida vegetativo andaluz, la poesía de los sentidos y el hechizo plástico del color, la virtud profunda y definitiva de lo elemental, el imperio del equilibrio diáfano, la exaltación del instinto como fuente de conocimiento y el primado indiscutible de la sensibilidad sobre la sindéresis ¡toda una filosofía temblorosa bajo los pliegues de la belleza!

Ni qué decir de la labor literaria puesta incondicionalmente al servicio de algún decantado filosofar, como el naturalismo cientista inspirado en Comte o el existencialismo de Sartre decidido por Heidegger.

En un plano de extraordinaria importancia he dedicado un libro al hondo sustrato filosófico de Gabriela, Neruda y Crucega Santa María: Trinidad Poética de Chile, por lo que me excuso de siquiera insinuarlo.

Y hay más: los que habitualmente damos en llamar filósofos se inspiran por lo común en grandes literatos. Con economía: Schopenhauer bebe en Baltasar Gracián, Nietzsche en Dostoyewski, Bergson en Marcel Proust, y en Hölderlin, Heidegger.

Dejo de mano develar el recado filosófico sugerido por otros predios del arte, como lo encierran la estatuaria en Grecia, la pintura en Italia y España, la música en Alemania.

* * *

En resolución: poesía y filosofía no son disciplinas opuestas necesariamente. Arguye simplismo conmovedor sostener lo contrario. Juntas han corrido suceso feliz a través de los tiempos. Cuando se divorcian, se debilitan. Voy más lejos: de toda transubjetivación humana valente se obtiene quintaesencia filosófica, lo mismo que se genera energía de todo, y si se la sabe desatar se obtendrán efectos insospechados, como del átomo.

Bergson considera que la metafísica debería escribirse en verso, pues finca más en lo que sugiere que en lo que soluciona, toda vez que su esencia estaría constituida—como lo subraya Hartmann—por su problematicidad o esencia aporética.

De ahí entonces que el criterio filosófico aplicado a la estimación de la obra literaria densa y profunda sea la sonda definitiva que nos delata su calidad. Si se obtiene buen suceso, se habrá alcanzado todo lo demás por añadidura.

Humilde chileno como soy, quise rendir tributo a mis abuelos vascos y castellanos que me alumbran la sangre, y me atreví a aproximarme una vez más con osadía al Quijote, creador a creador; osé escucharlo con el oído próximo hasta una distancia caliente y aguda por la intensidad del mensaje. Y le desaté la voz.

Como denominación del tercer capítulo de mi obra se lee: *Teoría de los Valores del Quijote: Antiutilitarismo Poético y Heroísmo Religioso. Su Lección Trascendental: El Optimismo Constructivo y El Hombre Entero*. Creo sin falsa modestia que con sólo este título queda troquelada la extraordinaria filosofía del Quijote. Mi comentador no quiera entenderla, y ya he dicho por qué.

Debo advertir que el diamante supone complicidad en la pupila que lo aquilata. Y que para educarla, no siempre es tarde... —MARIO OSSES.